**SOMOS UNOS ANIMALES**

INTRODUCCIÓN

Mi nombre es Rembrant Durán, y quiero empezar reconociendo el conflicto cultural al que nos enfrentamos por el mero hecho de dar una opinión: ¿será que somos partícipes de una guerra en la que no gana el que tiene la razón, sino el que sea políticamente correcto? Claro, todo ello condicionado por las distintas ideologías prevalecientes en el lugar en el que nos desempeñamos o que tanto nos importe el “no dañar los sentimientos” de estúpidos. Como bien dijo Karl Popper: *“Tenemos por tanto que reclamar, en el nombre de tolerancia, el derecho a no tolerar la intolerancia”*.

Curiosamente, me llamó la atención el hablar de temas complejamente científicos y dolosamente ideológicos desde un punto de vista fantasioso con el máximo esfuerzo por no divorciarse de la ciencia. No me hago responsable de las lágrimas causadas a quienes por una ideología se sienten encadenados, hice el máximo esfuerzo en nivelar sus emociones con algo de ficción. Somos animales y no es algo peyorativo: todos lo somos. Esto no significa que toda conducta humana sea el resultado de una adaptación, sino que un conjunto de rasgos humanos importantes es adaptativo.

El personaje es un “homo estupidus” llamado Tulio, quien gana el Nobel de Medicina y Fisiología en 2100; lo que resulta una crítica en forma de sátira al homínido “homo habilis”, quien para el año 2100 da un salto que podríamos llamar “involución”; ello debido a una adaptación forzosa producto del linchamiento público que ocasionan las ideologías. Sin embargo, queda a libre interpretación de los lectores si Tulio tenía razón o no.

SOMOS UNOS ANIMALES

Eres un animal.

Eres un animal y no es algo peyorativo: todos lo somos. De hecho, resulta cada vez más sorprendente notar como se usa el término “animal” para insultar a alguien. Se ve tan irónico, y hasta sátiro, lo mucho que se ve reflejado el especismo. No deja de causarme emoción esperar año tras año los nuevos premios Nobel, y debo aclarar que mi favorito es siempre el de Medicina y Fisiología. Y es que la biología ha causado, casi integralmente a nivel histórico, una serie de conflictos que constantemente son llamados “batallas culturales”, y ello se debe a la constante confusión respecto al objetivo de la ciencia: lo que no es hacer sentir bien a la gente, sino explicar las cosas empíricamente (o sea, la realidad sin medias tintas). Fue por incontables razones que decidí estudiar Biología en la universidad, y nada menos podría haber hecho con constantes dudas que he mantenido desde que tengo uso de razón sobre la humanidad. Mi padre es filósofo; y mi madre, socióloga. Nada de lo que ellos me han dicho durante mi niñez respecto a mis dudas existenciales han servido de algo, y es que no quiero respuestas bonitas, sino reales. Nunca olvidemos que la ciencia no es empática, ya que explica la realidad, ¿y qué es la realidad?, un popurrí de egoísmo y maldad. ¿Recuerdas lo que dijo Maquiavelo respecto a ese tema? Pues, equivocado no estaba.

Faltando poco para graduarme del doctorado en Biología Involutiva presentí que no pude haber elegido un mejor tema de tesis, nada menos que “Interacciones y patrones evolutivos entre el *homo habilis* y el *homo estupidus*”. Sentí que mi investigación serviría indiscutiblemente para entender las razones de la involución, y es que no se había visto algo así antes a lo largo de la historia de la humanidad. De hecho, el *homo habilis* fue aparentemente capaz de fabricar y usar herramientas de piedra, y digo “aparentemente” porque fueron muchas especies *homo* las que vivieron juntas en ese entonces, y de las que ha encontrado algunas herramientas que confirmarían su existencia. Todo ello hizo que me pregunte constantemente qué es lo que le permitiría a la siguiente especie homínida conocer no solamente su existencia, ya que eso sea posiblemente muy sencillo por las gigantes edificaciones, sino los conflictos culturales a los que se hayan visto afectados los *homo estupidus*, y a lo mejor alguno de esos conflictos vaya ser la razón de su no tan lejana extinción. De hecho, ahora que recuerdo, estuve estudiando algunas características que usó la especie *homo sapiens* cerca de medio siglo y hubo una muy característica: los sentimientos. Ellos desconocían los procesos neurofisiológicos que producían la compasión y la empatía como respuesta biológica a la adaptación requerida para preservar su especie, y es que… a ver, no es por nada, pero cómo puede haber una especie que dependa colectivamente de otros en cuestiones emocionales para luchar contra su extinción; ¡eso no se ve en ningún otro animal! No logré comprender que en esos momentos a un *homo estupidus* se le ocurra dar su vida por alguien, ¡sería de locos! Bueno, puede llegar a ser entendible que medio siglo antes las emociones hayan reinado en la vida de las personas. Tanto así que existió algo como el ridículo cortejo, o sea que los *homo sapiens* fueron animales cuando les convino. Si bien podemos estar de acuerdo en que, si no es en todos, por lo menos en la mayoría de animales existe un cortejo a través de bailes, cantos, luchas y un sinfín de actividades por las que el macho debe llamar la atención de la hembra en cuestión, pero para mi madre socióloga esos serían constructos sociales. ¿Cómo se puede explicar que el comportamiento distintivo entre hombres y mujeres los excluya de la diferenciación entre el resto de animales?, ¿biologicismo? Siempre quise conocer realmente qué otro término se inventará para no dañar los sentimientos de los *homo sapiens*.

Algo que no dejó de perturbarme es que en las elecciones presidenciales de ese entonces haya ganado un partido llamado “humanista”, nada más ridículo que eso, ¿verdad? Sobre todo, al conocer que esa corriente de pensamiento inició en la época del *homo sapiens*: una especie ya extinta. Siempre consideré que sería indiscutible reconocer que lo que nos diferencia del resto de animales es lo mismo que los diferencia a cada uno de ellos de los demás. Así es, un día podemos ser un animal más; y en cualquier momento, uno menos. En fin, fue luego de cinco meses que por fin logré sustentar mi tesis doctoral. Me sentí bastante feliz porque no solamente aprobé con un promedio alto, sino que también fui seleccionado para un concurso de investigación científica de mucho prestigio. No estuve seguro si debí presentar mi tesis tal como estuvo o si era necesario agregar mayores datos a mi investigación. Pues, decidí trabajar en ello durante los próximos tres meses, así que no tuve tiempo para nada. De todas maneras, mi vida siempre giró en torno a mi carrera como científico. No tenía idea qué tal me iría con ese nuevo proyecto. Sin embargo, siempre me mantuve preocupado por saber a cuántas personas les interesaría leer mis investigaciones, ya que a casi nadie le llama la atención la ciencia.

Luego de varios días de casi no dormir, finalmente realicé mi aplicación en el concurso. Esperé por días que haya valido la pena todo el trabajo para el bien de la humanidad. ¡Pero qué estaba diciendo!, ¿el bien de la humanidad? Esas emociones ridículas se quedaron atrás con la extinción del *homo sapiens*, así que me dediqué a esperar los resultados y punto, ya que los sentimientos te causan debilidad, aquello que no sirve para nada. Por algo siempre he sido partidario de señalar que la extinción del *homo sapiens* fue causada por factores emocionales. Pero qué me quedaba, solamente aceptar la realidad que evidencia la ciencia, o buscar alguna ideología que defienda alguna postura con la que me pueda sentir cómodo, incluso si llegue a ser lo más estúpido que alguien haya oído en su vida. Dos infernales semanas fue lo que duró el proceso de evaluación para el concurso que les comento. Y adivinen qué, pues resulté ganador. Casi no logré contener la emoción que ello me causó. Pero debo ser sincero, por lo menos con ustedes. Resulta bastante contradictorio que haya ganado un premio, del que seguramente no podría dejar de presumir en los días siguientes, pero que a su vez me emocione, y ello a pesar de que su contenido niegue los sentimientos del *homo estupidus*, por algo me acababa de graduar como doctor en Biología Involutiva. ¿Será que mi trabajo era erróneo? No lo podía creer, con mayor razón al poseer un doctorado. Pero veamos, no era posible que existan los sentimientos, son simplemente términos inventados por nuestros antepasados para identificar lo que la ciencia moderna reconoce como procesos neuronales.

Los días pasaban y no podía saber si estaba arrepentido de las afirmaciones que había realizado a lo largo de mis investigaciones, todo ello se debía a que como científico mi trabajo era demostrar de forma experimental si mis datos se contrastaban con la realidad, pero al mismo tiempo me daba miedo al ver cada vez más aumentaban las posibilidades de que yo pueda haberme equivocado, y ello podría significar que un doctorado en Biología Involutiva era prácticamente inservible, y más aún en estos tiempos tan conflictivos. Fue justamente al estar a punto de reunir data dura que pueda confirmar si yo estaba equivocado o no, cuando recibí un correo electrónico de parte del Partido Humanista. No conversé directamente con el jefe del partido, pero sí con un delegado de su directa confianza, aquel hombre me comentó haber leído algunas de mis publicaciones y que el presidente estaba interesado en trabajar conmigo mediante una colaboración que finalmente consiga beneficiar a nuestra nación.

Al por fin consensuar una reunión con el presidente, me dijo que mis investigaciones lograron convencerlo de que debía aniquilar a las personas que mantengan emociones como rezago de un antiguo homínido llamado *homo sapiens*, ya que él consideraba que si un *homo estupidus* mantenía algo como el amor, sería diagnosticado con retraso mental. Tuvo muchas, y bastante seguidas, reuniones con sus distintos miembros del poder legislativo para que finalmente sea declarada la pena de muerte para los *homo sapiens*; algo totalmente extraño porque esa especie estaba extinta, pero para él un *homo estupidus* con emociones sería catalogado como la otra especie. Y se le podría dar la razón, si de todas formas el salto involutivo que dio fue al desaparecer esas emociones tan inútiles. Y así fue, empezaron a desaparecer a cada persona con el mínimo indicio de sentimiento alguno. Sin embargo, en el fondo sabía que debí ser yo el primero en desaparecer, pero fue por mi prestigio como científico que a nadie se le pudo haber ocurrido identificarme como alguien con emociones.

Fue para el año 2100 que me eligieron como ganador del Nobel de Medicina y Fisiología por identificar las emociones como la mayor mediocridad que pudo haber existido, y que sin ellas el *homo estupidus* podría involucionar como nunca antes pudo verse. Uno a uno fue desapareciendo hasta el único ser en el planeta porque finalmente resultó esporádico el momento en que tarde o temprano se reflejaba la mínima pisca de sentimiento alguno. De hecho, ya hubo un nombre desde el aparente extinto *homo sapiens* para quienes no eran capaces de sentir algo tan humano como la empatía: psicópatas. Y fue así la extinción del *homo estupidus* para el año 2100; se evidencia claramente que la ausencia de emociones en el hombre lo lleva a la última tecla del extenso piano de la deshumanización.

EPÍLOGO

Si bien resulta indispensable desarrollar el conocimiento científico en la actualidad, no podemos dejar de lado nuestro lado humano. No olvidemos que la ciencia no regula afectos, de ello se puede encargar la cultura mediante consensos colectivos que puedan identificar un bien global de forma integral. Todas las vidas deben valer por igual: ninguna más que otra, y es por ello que “mejor tecnología” no quiere decir “mejor vida”. Hagamos ciencia sin divorciarla de nuestro lado humano porque ello nos llevará indiscutiblemente a la extinción, y para el 2100 podremos verla más cerca que nunca.

BIBLIOGRAFÍA

Durán, R. (2023). Somos unos animales: “Lo que pensamos responde a una arquitectura heredada del proceso evolutivo”. *El Comercio. https://elcomercio.pe/opinion/voz-universitaria/somos-unos-animales-por-rembrant-duran-evolucion-cultura-genetica-noticia/*